

los á su vez, se admiraban de no encontrar en estos insulares ninguno de los caracteres físicos de conformación y de color de las razas africanas, asiáticas, europeas, que ellos tenían la costumbre de frecuentar. Su tez cobriza, su flexible cabellera y esparcida en ondas sobre sus hombros, sus ojos combrios como su mar, sus facciones delicadas y afeminadas, su fisonomía confiada y franca, su desnudez, en fin, y los dibujos de colores con que tenían sus miembros revelaba en ellos una raza enteramente distinta de las familias humanas esparcidas sobre el antiguo hemisferio, raza que conserva todavía la sencillez y la dulzura de la infancia, olvidada durante muchos siglos en este fondo ignorado del mundo, habiendo á fuerza de ignorancia, conservado la sencillez, el candor y la dulzura de los primitivos días.

Persuadido Colon de que esta isla era un apéndice avanzado del Océano de las Indias, hácia las cuales creía siempre navegar, les dió el nombre imaginario de indios, que han conservado hasta su extinción, por un error de la lengua que ha sobrevivido al error del navegante

XV

Bien pronto estos indios, comunicándose con sus huéspedes, les mostraron sus manantiales, sus habitaciones, sus pueblos, sus embarcaciones, les trajeron en tribu sus frutos alimenticios, su pan, que renovó los víveres de los españoles, y algunos ornamentos de oro puro que llevaban suspendidos en sus orejas, en las narices, como también brazaletes y collares que ceñían el cuello y las piernas de las mugeres. Ignoraban el comercio y el uso de la moneda; este suplemento venal, pero necesario á la virtud de la hospitalidad; recibían en cambio con alegría los mas insignificantes objetos, y aun los mas usuales de los europeos. La novedad constituía á sus ojos el precio de todas las cosas. *Ruro y precioso* es la misma palabra en todo el universo. Los españoles que buscaban el país del oro y de las pedrerías, se informaron por signos de los lugares de donde procedía el metal. Los indios les mostraron el Mediodía: el almirante y sus compañeros creyeron comprender que había allí una isla ó un continente de las Indias que correspondía por sus riquezas y por sus artes á las maravillosas relaciones de Marco Polo, el veneciano. Esta tierra, á la cual se creían cercanos, era, según ellos, la isla famosa de *Cipangú* ó del *Japon*, cuyo soberano hollaba con sus pies planchas formadas con placas de oro. La impaciencia de volver á emprender su curso hácia el objeto de su quimera ó de su avidez los obligó á volverse á embarcar prontamente: se abastecieron de agua fresca de los arroyos de la isla, y carga-

ron sus puentes con los frutos del país, presentes de éstos felices y pobres indios. Se llevaron consigo á un negro para que les enseñase su lengua y para que les sirviera de intérprete.

XVI.

Al volver á la isla de *San Salvador* se encuentran como extraviados en los canales de su archipiélago, compuesto de mas de cien islas desiguales en estension, pero todas bajo el aspecto mas risueño por su juventud y por la fecundidad de su vegetación. Llegaron á la mas vasta y á la mas poblada. Se vieron rodeados de canaos fabricadas en un solo tronco de árbol, y comerciaron con los habitantes, dando sus botones en cambio de oro y perlas preciosas. Su navegación y sus dilaciones en medio de este laberinto de islas desconocidas no fué para ellos mas que la repetición de su arribada á *San Salvador*. La misma curiosidad inofensiva los acogía por todas partes; se enamoraron del clima, de las flores, de los perfumes, de los colores, del plumaje de las aves desconocidas, que cada uno de estos oasis presentaba á sus sentidos; pero su mente, preocupada con un solo pensamiento, esto es, con el descubrimiento del país del oro, con lo que ellos presumían la estremidad del Asia, les hacía menos sensibles á estos tesoros naturales, y les impedía sospechar el inmenso y nuevo continente, cuyo punto avanzado eran estas islas. A los signos y á las miradas de estos indios, que le indicaban una region mas espléndida todavía que su archipiélago, Colon hizo vela hácia la costa de *Cuba*, á donde llegó á los tres días, sin perder de vista las islas encantadoras de *Bahama*, que señalaban su camino.

Cuba con sus costas sin límites, unida á sus montañas que se confundían con el cielo, con sus embocaduras de ríos, con sus golfos, sus raras, sus bosques, sus aldeas, le recordó con rasgos mas magestuosos la antigua *Sicilia*. Dudó si era un continente ó una isla; echó el áncora en un lecho sombrío de una vasta ribera, descendió á tierra, recorrió los bosques de palmeras, las aldeas y las chozas de sus habitantes. Una culebra de cascabel fué el único ser viviente que halló en estas habitaciones abandonadas á su aproximación. Volvió á embarcarse y tornó con sus bageles al lecho de la ribera sombreada de palmeras de anchas hojas y de árboles gigantes cubiertos á la vez de frutos y de flores. La naturaleza parecía haber tenido cuidado de prodigar por sí misma y sin trabajo á aquellos felices habitantes los alimentos de la vida. Todo recordaba el paraíso de los sagrados libros y de los poemas. Los animales inofensivos, las aves de pintadas plumas, los papagayos gritaban, cantaban de rama en rama,

ma, insectos luminosos hendían el aire; el sol temperado por el aliento de las montañas, por la sombra de los árboles, por la corriente de las aguas, lo fecundaba todo sin calcinar nada, la luna y las estrellas reverberaban durante las tinieblas con esplendores y rayos de claridad dulce que arrebatava su terror á la noche. Un regocijo general exaltaba el alma y los sentidos de Colon y de sus compañeros. Verdaderamente, aquella era una tierra mas virgen y mas maternal al mismo tiempo que la antigua, de la cual había venido. « Es la isla mas bella, escribe Colon en sus notas, que jamás ha contemplado la mirada del hombre. Se querria vivir allí siempre; allí no se concibe la muerte ni el dolor.»

El olor de las especias que llegaba desde lo interior hasta sus naves, y el encuentro de aquellos lugares que producen las perlas, desde la ribera le persuadían cada vez mas de que *Cuba* era un apéndice del Asia. Imaginaba que detrás de las montañas de estas islas ó de este continente, pues era todavía incierto si *Cuba* tenía ó no la tierra firme, encontraría los imperios, la civilización, las minas de oro y las maravillas con que los viajeros entusiastas dotaban el *Cathay* y el *Japon*. No pudiendo reunir á los naturales, que huían todos de la costa á la aproximación de los españoles, envió á dos de sus compañeros, de los cuales el uno hablaba hebreo y el otro árabe, en busca de aquellas capitales, donde conjeturaba que el soberano de *Cathay* tenía su residencia. Estos embajadores iban cargados de presentes para los indígenas; llevaban orden de no dar estos regalos mas que á cambio de oro, cuyo manantial suponían que estaba en lo interior de esta tierra.

Los enviados volvieron á las naves sin haber descubierto otra capital que chozas de salvajes y una naturaleza pródiga en vegetación; en perfumes, en flores y en frutos. Habían logrado atraer á fuerza de presentes á algunos de los naturales, y los traían consigo hácia donde estaba el almirante. El tabaco del cual fumaban los habitantes, la patata, raíz harinosa que se convertía en pan preparada á la ceniza, el maíz, el algodón hilado por las mugeres, las naranjas, los limones, los frutos anónimos de sus vergeles eran los únicos tesoros que habían encontrado en derredor de las habitaciones diseminadas por grupos en aquellas llanuras.

Desconcertado el almirante en sus sueños de oro, dando fé á los indígenas mal comprendidos, dejó á su pesar esta residencia encantada para dirigirse hácia el Este, en donde siempre colocaba su fabulosa Asia. Embarcó algunos hombres y algunas mugeres de *Cuba*, mas atrevidos y mas confiados que los otros, para que le sirvieran de intérpretes en las tierras vecinas que se proponía visitar, para convertirlos á la fé, y para ofrecer á Isabel estas almas rescatadas, según él, por su generosa empresa.

Persuadido de que *Cuba*, cuyos límites no había distinguido, formaba parte de la tierra firme de Asia, bogó algunos días á poca distancia del verdadero continente americano sin verle. La envidia, que debía emponzoñar sus días, había nacido en el alma de sus compañeros el mismo día en que sus descubrimientos coronaron el pensamiento de su vida entera. Américo Vespucio, florentino oscuro, embarcado en una de sus naves, debía dar su nombre á este mundo, hácia el cual solo Colon le había guiado. Vespucio no debió esta fortuna de su nombre mas que á la casualidad y á sus viajes subsecuentes con Colon hácia estos mismos parages. Teniente subalterno y subordinado al almirante, no procuró nunca arrebatarse esta gloria. El capricho de la fortuna se la dió, sin que él procurase nunca engañar la opinión de Europa, y la rutina se la conservó. El nombre del jefe fué desheredado del honor de nombrar un mundo, y el nombre del subordinado prevaleció. Escarnio de la gloria humana, de la que fué víctima Colon; pero de la que Américo no fué menos culpable. Se puede reprochar una injusticia y una ingratitud á la posteridad; pero no puede reprocharse una usurpación voluntaria al feliz piloto de *Florenza*.

XVII.

Pero esta envidia, que nace en el corazón de los hombres el día mismo del triunfo, abrasaba ya el corazón del principal teniente de Colon, Alonso Pinzon, comandante de la *Pinta*, segunda nave de la escuadra; Pinzon, cuyas velas avanzaban mas ligeras que las otras dos, fingió extraviarse en las tinieblas de la noche, y desapareció de la vista de su jefe.

Habia resuelto aprovecharse del descubrimiento de Colon para descubrir él mismo, sin genio y sin esfuerzos, otras tierras, y después de darle su nombre, volver el primero á Europa á usurpar la flor de la gloria y de las recompensas debidas á su maestro y á su guía en navegación.

Colon había advertido ya hácia días la envidia y la insubordinación de su teniente; pero debía mucho á Alonso Pinzon, pues á no ser por él, por sus estímulos y su auxilio en *Palos*, jamás habría llegado á tripular sus buques y á enganchar á sus marineros. El reconocimiento le había impedido mostrarse severo contra las primeras insubordinaciones de un hombre de quien tanto había recibido. El carácter tolerante, modesto y magnánimo de Colon, le apartaba de todo rigor odioso. Lleno de justicia y de virtud, contaba con que los demas volvieran á los sentimientos de justicia y de virtud. Esa bondad que Alonso Pinzon tomó por debilidad, le alentaba á ser ingrato,

y se lanzó osadamente entre Colon y los nuevos descubrimientos que habia resuelto arancarle.

XVIII.

El almirante se apesadumbró, entrevió el crimen, aparentó creer un estravío involuntario de la *Pinta*, y haciendo rumbo con sus dos barcos al Sud-Este, hácia una sombra inmensa que divisaba en el mar, abordó á la isla *Española*, llamada despues Santo Domingo. A no ser por aquella nube que rodeaba las montañas de Santo Domingo que le hizo virar de bordo, habria llegado al continente. El archipiélago americano seduciéndole y estraviéndole de isla en isla, parecia apartarle á placer del objeto á que tocaba sin advertirlo. Esta fantasma del Asia que le habia conducido á orillas de América, se interponia ahora entre la América y él para arrebatarle con una quimera la gran realidad.

XIX.

Aquella tierra nueva, risueña, fecunda, inmensa, anegada en una atmósfera de cristal y bañada por un mar cuyas olas arrastraban aromas, se le apareció como la isla maravillosa, desprendida del continente de las Indias que buscaba á través de tantas distancias y peligros, bajo el nombre quimérico de la isla de Cipangu. Dióle el nombre de la *Española*, para marcarla con el signo eterno de su patria adoptiva. Los indígenas, sencillos, afables, hospitalarios, cándidos y respetuosos, acudieron en tropel á la ribera, como para acoger á criaturas de una naturaleza superior, que un prodigio celeste les enviaba desde los límites del horizonte ó desde el fondo del firmamento para ser adoradas y servidas por ellos como si fueran dioses. Una poblacion numerosa y feliz cubria á la sazón las llanuras y los valles de la *Española*. Los hombres y las mugeres eran tipos de fuerza y de gracia. La paz perpétua que reinaba entre sus tribus, imprimia en sus fisonomías un carácter de dulzura y bondad. Sus leyes no eran mas que instintos benévolos constituidos en tradiciones y en costumbres. Asemejábanse á un pueblo niño cuyos vicios no habian tenido aun tiempo para desarrollarse, y al que bastaban para gobernarle las inspiraciones de una naturaleza inocente. Conocian de la agricultura, la horticultura y las artes, todo lo necesario para la administracion, la habitacion y las primeras necesidades de la vida. Sus campos estaban admirablemente

cultivados. Sus moradas elegantes, agrupadas en aldeas á orillas de bosques de árboles frutales en la proximidad de los rios ó de los manantiales. Sus vestidos, bajo un cielo templado que no les hacia sentir los extremos del frio ni del calor, solo consistian en adornos destinados á embellecerlos, en telas de algodón, esterillas y en ceñidores suficientes para velar su pudor. Su gobierno era sencillo y natural como sus ideas. Era la familia acrecentada por la série de las generaciones, pero agrupada siempre en torno de un gefe hereditario llamado cacique. Estos caciques eran los gefes, no los tiranos de su tribu. Las costumbres, constituciones no escritas, pero inviolables y protectoras como una ley divina, eran superiores á aquellos pequeños reyes. Autoridad enteramente paterna por una parte y filial por otra, contra la cual parecia desconocida la rebelion.

Los naturales de Cuba, á quienes habia embarcado Colon con él para que le sirviesen de guías y de intérpretes en aquellos mares y en aquellas islas, principiaban á comprender la lengua de los europeos, y entendian á medias la de los habitantes de la *Española*, rama desprendida de la misma raza humana. De ese modo establecieron relaciones de inteligencia entre Colon y el pueblo que acababa de visitar.

XX.

Los pretendidos *indios* condujeron sin desconfianza á los españoles á sus casas, presentándoles el pan de cazabe, los frutos desconocidos, los peces, las sabrosas raices, las aves domésticas de rico plumage, de canto melodioso, las flores, las palmas, las bananas, los limones, todos los dones del mar, del cielo, de la tierra, del clima. Tratáronles como á huéspedes, como á hermanos, casi como á dioses.

«La naturaleza, dice Colon, es aqui tan pródiga, que la propiedad no ha creado el sentimiento de la avaricia ó de la codicia. Estos hombres parecen vivir en una edad de oro; felices y tranquilos en medio de jardines abiertos y sin límites que ni están rodeados de fosos, ni divididos por empalizadas, ni protegidos por paredes. Proceden lealmente unos con otros sin leyes, sin libros y sin jueces. Miran como á un malvado al que se complace en hacer mal á los demas. Ese horror de los buenos contra los malos parece ser toda su legislacion.»

Su religion no era otra cosa que el sentimiento de inferioridad, de reconocimiento y de amor, hácia el ser invisible que les habia prodigado la vida y la felicidad.

¡Qué contraste entre el estado de aquellas felices poblaciones en el momento en que las

descubrieron los europeos para llevarles el genio del antiguo mundo, y el estado en que aquellos desgraciados indios cayeron en pocos años despues de aquella visita de sus pretendidos civilizadores! ¡Qué misterio de la divina Providencia el de aquella visita inesperada de Colon á un nuevo mundo, al que cree llevar la virtud y la vida, y en el que siembra, sin sospecharlo, la tiranía y la muerte!

XXI.

El piloto de Colon, procurando penetrar sucesivamente en todas las ensenadas y en todas las embocaduras de los rios de la isla, no pudo evitar un escollo, en el que tropezó mientras que el almirante dormia. El barco, amenazado de quedar sumergido por las olas bramadoras, fué abandonado por el piloto y por una parte de los marineros, que á pretexto de llevar otra áncora á tierra, huyeron á fuerza de remos para meterse en el otro barco, creyendo á Colon condenado á una muerte segura. La energia del almirante salvó de nuevo, no al barco, pero sí á sus compañeros. Luchó contra las rompientes hasta que se desunió la última tabla, y colocando á su gente en una balsa, abordó como náufrago á aquella misma costa á que acababa de abordar como conquistador. Al punto fué á recogerle el único barco que le quedaba. Su naufragio y su infortunio no resfriaron la hospitalidad del cacique de quien habia sido huésped pocos dias antes. Aquel cacique, llamado Guacanagari, primer amigo, y muy pronto primera victima de aquellos esirangeros, derramó lágrimas de compasion por el desastre de Colon, y ofreció su morada, sus provisiones, sus socorros de toda especie á los españoles. Los restos del naufragio, las riquezas de los europeos arrastradas á las olas y estendidas en la playa, quedaron preservadas como cosas santas de toda violacion y hasta de toda curiosidad importuna. Aquellos hombres que no conocian la propiedad entre sí, parecian reconocerla y respetarla en unos huéspedes desgraciados. Colon se enterneció en sus cartas al rey y á la reina, al hablar de la generosidad tan natural de aquel pueblo.

«No hay en el universo, escribe, mejor nacion ni mejor pais. Sus habitantes aman á sus prójimos como á sí mismos, usan siempre un lenguaje dulce y afable, y tienen la sonrisa de la ternura en sus labios. Van desnudos, es cierto, pero vestidos con su decencia y su candor.»

Colon, despues de entablar con el joven cacique relaciones de una estrecha é ingénua hospitalidad, recibió de él como regalo algunos adornos de oro. A la vista del oro, la fiso-

nomía de los europeos espresó subitamente tanta codicia y ferocidad en el deseo, que el cacique y sus súbditos se sorprendieron y alarmaron por instinto, como si sus nuevos amigos hubiesen cambiado de pronto de naturaleza y de disposiciones respecto de ellos.

Esto era demasiado verdad. Los compañeros de Colon no buscaban mas que las riquezas fantásticas de Oriente, mientras que él buscaba una parte misteriosa del universo. La vista del oro habia escitado su codicia, su semblante se habia puesto áspero y violento como su pensamiento. El cacique, sabiendo que este metal era la divinidad de los europeos, les explicó, mostrándoles las montañas que habia detrás de aquellas cimas, una region que producía con abundancia este oro. Colon no dudó ya de haber dado con el manantial de aquellas riquezas de Salomon, y preparándolo todo para su pronto regreso á Europa, á fin de anunciar su triunfo, construyó un fuerte en la aldea del cacique, para dejar allí una parte de sus compañeros con seguridad durante su ausencia. Eligió entre sus oficiales y sus marineros cuarenta hombres escogidos, y los puso bajo el mando de Pedro de Arana. Quedaban encargados de recoger nociones acerca de la region del oro, y de sostener á los indios en el respeto y la amistad de los españoles. Partió para volver á Europa, colmado con los donativos del cacique, y trayendo todos los ornamentos de oro puro que habia podido adquirir durante su permanencia, en cambio de cosas insignificantes.

Costeando los alrededores de la isla volvió á encontrar á su infiel compañero Alonso Pinzon. Bajo pretexto de haber perdido de vista al almirante, Pinzon habia caminado aparte. Oculto en un lugar profundo de la isla, habia saltado en tierra, y en vez de imitar la dulzura y la política de Colon, habia ensangrentado sus primeros pasos. El almirante, al encontrar á su teniente, fingió dar crédito á sus disculpas, y atribuir su desercion á la oscuridad de la noche. Mandó que le siguiera con su nave á Europa. Se embarcaron juntos impacientes de anunciar á España la nueva de su maravillosa navegacion. Pero el Océano que los habia llevado á merced de los vientos alisios hasta la costa de América, parecia con sus vientos y sus olas contrarias quererlos rechazar obstinadamente de la tierra que anhelaban volver á ver. Colon, gracias á sus conocimientos náuticos y á sus notas de cálculo, cuyo secreto guardaba á sus pilotos, sabia solo el camino y evaluaba solo la verdadera distancia.

Sus compañeros se creian aun á millares de leguas de Europa; Colon percibió bien pronto las islas Azores, terribles vendavales, nubes amontonadas, relámpagos, rayos que nunca habian visto encenderse en el cielo y apagar en el mar, olas montañosas y espumantes que hacian balancear las naves, insensibles á

las velas y al timon, abrieron y cerraron durante seis dias y seis noches su tumba y la de sus compañeros á las puertas de su patria. Las señales que se hacian las dos embarcaciones en las tinieblas desaparecieron. Creyeron la una la pérdida de la otra, flotando entrambas á merced de una eterna tempestad entre las Azores y la costa de España. Colon que no dudaba que la *Pinta* fuese sepultada con Pizon en los abismos, y cuyas velas despedazadas y cuyo timon entregado á las olas no dirigia ya el esquife, esperaba á cada instante que desapareciesen bajo aquellas montañas de agua, que subian y bajaban con su espuma. Habia hecho el sacrificio de su vida, pero no podia sin desesperacion hacer el sacrificio de su gloria. Sentir el misterio del descubrimiento que traia al antiguo mundo sepultado por los siglos de los siglos con él tan cerca del puerto, era un sarcasmo tan cruel de la Providencia que no podia doblegarse ni aun á su piedad. Su alma se rebelaba contra este juego de la muerte. Morir poniendo solamente el pie en la ribera de Europa, despues de haber depositado su tesoro y su secreto en la memoria de su pais, era un destino que aceptaba con alegría, pero dejar morir un segundo universo, por decirlo así, con él, y llevar á la tumba la palabra al fin encontrada de este enigma del globo que los hombres sus hermanos, buscarian acaso en vano durante tantos siglos, era un millon de muertes en una. El no pedía á Dios en sus súplicas y á todos los santos de España, mas que llevar al menos á la costa con sus despojos, las pruebas de su descubrimiento. Sin embargo, las tempestades se sucedian á las tempestades; la nave estaba llena de agua, las miradas hostiles, los murmullos irritados ó el silencio de sus compañeros le reconvenian la obstinacion que los habia seducido ú obligado á aquella fatal travesía. Todos miraban aquella prolongada cólera de los elementos como una venganza del Océano, celoso de que un hombre audaz le hubiese arrebatado su misterio. Hablaban de arrojarle al mar para obtener por una ruidosa espacion el apaciguamiento de las olas

XXII.

Colon, despreciando aquellos signos de cólera, y únicamente preocupado de la suerte de su descubrimiento, escribió sobre pergamino muchas relaciones cortas acerca de su descubrimiento; encerró unas en una bola de cera y otras en cajas de cedro, y arrojó estos testimonios al mar, para que la casualidad los hiciera flotar un dia hasta la ribera. Se dice que una de estas cajas entregadas á los vientos y á las aguas, anduvo nadando durante tres si-

glos y medio sobre la superficie del mar, y que el marinero de un navio europeo embarcándose en una lancha para ir á su nave, hace algun tiempo, en la costa de Africa enfrente de Gibraltar, recogió una nuez de coco petrificado, y la trajo á su capitan como una vana curiosidad de la naturaleza. El capitan, abriendo la nuez para asegurarse si la almendra habia resistido al tiempo, encontró, debajo de la corteza, un pergamino sobre el cual estaba escrito en letras góticas, descifradas por un erudito de Gibraltar, estas palabras: «No podemos resistir un dia mas á la tempestad; estamos entre España y las islas descubiertas de Oriente. Si la carabela se hunde, pueda alguno recoger este testimonio. — CRISTOBAL COLON.»

El Océano habia guardado trescientos cincuenta y ocho años este mensaje, y no le devolvía á Europa sino despues que la América colonizada, floreciente y libre rivalizaba con el antiguo continente. Juego de la suerte para enseñar á los hombres lo que hubiera podido quedar oculto tantos siglos, si la Providencia no hubiese prohibido á las olas sumergir á Colon, su gran mensajero.

XXIII.

Al dia siguiente gritaron ¡tierra! Era la isla portuguesa de Santa María, situada á la estremidad de las Azores. Colon y sus compañeros fueron rechazados de ella por la envidiosa persecucion de los portugueses. Nuevamente entregados á todas las fatalidades del hambre y de la tempestad durante muchos dias, no entraron hasta el 4 de marzo en la embocadura del Tajo, donde al fin echaron el áncora sobre una costa europea, pero rival de los españoles. Colon, presentado al rey de Portugal, le hizo la relacion de sus descubrimientos, sin descubrirle el camino, temeroso de que este príncipe se apoderase de las flotas de Isabel. Los portugueses de la corte de Juan II, rey de Portugal, aconsejaron á este príncipe mandara asesinar al gran navegante, á fin de sepultar con él su secreto y los derechos de la corona de España sobre las nuevas tierras. Juan II se indignó al oír semejante consejo. Colon honrado por él, envió por tierra un correo á sus soberanos, para anunciar su éxito y su próxima vuelta por mar á Palos. Allí desembarcó el 15 de marzo al rayar el dia en medio de una multitud embriagada de gozo y de orgullo, que se lanzaba al mar para conducirle en triunfo á tierra. Cayó en los brazos de su amigo y de su protector, el pobre prior del convento de la Rábida, Juan Perez, que solo le habia creído, cuya creencia era recompensada con un nuevo mundo. Colon fué descalzo y procesionalmente á la iglesia del monasterio para darle gracias

por la gloria de su conquista. Un pueblo entero le seguía bendiciéndole á la puerta de aquel humilde convento donde habia pedido, solo y á pie con su hijo, algunos años antes la hospitalidad de los mendigos. Jamás hombre alguno entre los hombres ha legado á su patria y á la posteridad tal conquista desde el origen del globo, excepto aquellos que trajeron á la tierra la revelacion de una idea; y esta conquista de Colon no habia costado hasta entonces, ni un crimen, ni una vida, ni una gota de sangre, ni una lágrima á la humanidad. Los dias mas deliciosos de su existencia fueron aquellos que pasó descansando en el monasterio de la Rábida, al lado de su huésped y de su amigo el prior del convento, y abrazando su hijo.

XXIV.

Y como si el cielo hubiese querido que llegase al colmo su felicidad y vengarlo de la envidia que le perseguía, Alonso Pinzon, comandante de su segunda nave, entró al dia siguiente en la *Pinta* en el puerto de Palos, donde esperaba adelantar á su jefe y robarle las primicias del triunfo. Pero engañado en su culpable desigmo, y temiendo el castigo de su desercion revelada por el almirante, Pinzon murió de dolor y de envidia al llegar á la orilla, y viendo la nave de Colon anclada en el puerto. Colon era demasiado generoso para alegrarse y mucho menos para vengarse, y la celosa Nemesis de los grandes hombres parecia espirar á sus pies.

TERCERA PARTE.

I.

Isabel y Fernando, informados de su regreso y de su conquista por el mensaje que el almirante habia enviado de Lisboa, le esperaban en Barcelona con triunfos y munificencias dignas de la grandeza de sus servicios. La nobleza de España acudió allí de todas las provincias para rendirle pleito homenaje. Entró como triunfador y como rey de futuras monarquías. Los indios traídos por la escuadra, como una prueba viviente de la existencia de otras razas humanas sobre aquellas tierras descubiertas, marchaban á la cabeza del cortejo, con el cuerpo pintado de diferentes colores y adornados de collares de oro y perlas; los animales y las aves, las plantas desconocidas, las piedras pre-

ciosas recogidas sobre aquellas riberas, iban colocadas en vasijas de oro llevadas sobre la cabeza de los esclavos negros. La ansiosa multitud se apiñaba; los rumores fabulosos circulaban por entre los oficiales y los compañeros de gloria del almirante. Colon, montado sobre un caballo del rey, ricamente enjaezado, aparecia despues, escoltado por una numerosa cabalgata de cortesanos y caballeros de todas órdenes. Todas las miradas se concentraban en este hombre inspirado de Dios, que fué el primero que descorrió el velo del Océano. Se buscaba en sus facciones el signo visible de su mision, y se creia verle allí. La belleza de sus facciones, la magestad de su fisonomia, el vigor de la eterna juventud junto con la gravedad de los años, el pensamiento bajo la accion, la fuerza bajo sus blancos cabellos, el sentimiento íntimo de su valor junto con la piedad hacia Dios, que le habia elegido entre todos, el reconocimiento hacia sus soberanos, que le devolvian en honores lo que él les traia en conquistas, convertian en este momento á Colon, dicen los espectadores de su entrada en Barcelona, en una de aquellas figuras proféticas y heroicas de la Biblia. El pueblo le arrojaba palmas en señal de adoracion.

«Ninguno se media por él, dicen, todos creian ver al hombre mas grande, y al hombre mas favorecido del cielo.» Isabel y Fernando le recibieron sentados sobre su trono, y se levantaron al verle como si se hallaran en la presencia de un enviado del cielo. Despues le mandaron sentar al nivel de su trono, y escucharon la relacion solemne y circunstanciada de sus viages. Al terminar esta relacion, donde la elocuencia y la poesia que salian de los labios del almirante, encendieron su santo entusiasmo, el rey y la reina, conmovidos al extremo de verter copiosas lágrimas, cayeron de rodillas y entonaron como una piadosa esclamacion el *Te Deum*, himno de la mas grande victoria que el Todopoderoso concedió jamás á ningun soberano.

Despacháronse al punto correos para llevar á todas las cortes de Europa la gran noticia y el nombre triunfal de Colon. La oscuridad, que hasta entonces habia rodeado su vida, se cambió en un resplandor y un eco que llenara la tierra. El descubrimiento del pobre geógrafo de Córdoba fué la conversacion del mundo. Colon no dejó que su alma se engriese con aquellos honores tributados á su nombre, ni que se humillara su modestia con las envidias que principiarian á surgir en torno de su gloria. Un dia que fué invitado á comer con Fernando é Isabel, uno de los convidados, envidioso de aquellos honores tributados al hijo de un cardador de lanas, le preguntó astutamente si creia que ninguno mas que él hubiera descubierto aquel otro hemisferio, en el caso de que él no hubiera nacido. Colon no respondió á la pregunta por temor de decir demasiado, ó demasiado poco de sí mismo. Pero tomando un hue-